LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

DISCURSO

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA Y SOLEMNE

CELEBRADA POR

LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

EL DÍA 29 DE ABRIL DE 1906

EN HOMENAJE AL

ILMO. SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN



SEVILLA
Imprenta de FRANCISCO DE P. DÍAZ, Plaza de Alfonso XIII, 6
1906

LUÍS MONTOTO Y RAUTENSTRAUCH

DISCURSO

LEÍDO EN LA JUNTA PÚBLICA Y SOLEMNE

CELEBRADA POR

LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS

EL DÍA 29 DE ABRIL DE 1906

EN HOMENAJE AL

ILMO. SR. D. FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN



SEVILLA
Imprenta de Francisco de P. Díaz, Plaza de Alfonso XIII, 6
1906

Señores:

Permitidme que vuelva mi pensamiento á días lejanos y vuele con las alas de la imaginación á las alegres playas de mi edad juvenil; no porque

á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor,

como dijo el poeta doliente, sino porque al llegar la vejez, cuando cae sobre nuestra cabeza y sobre nuestro corazón la nieve de los años, deleite es para el espíritu templarse á la lumbre de los recuerdos.

En aquel tiempo y en esta ciudad, Fernández-Espino explicaba en la Universidad Literaria Literatura General y Española, y de tarde en tarde escribía piezas poéticas dignas del autor del drama *Don Fadrique;* complacíase Juan José Bueno en reprobar los vicios de dicción y,

Júpiter olímpico de la castiza escuela de los maestros Girón y Medina, fulminaba los rayos de su cólera contra los autores que plagaban de solecismos sus escritos, diciéndoles en un soneto muy celebrado:

> «Cáfila de gaznápiros pedantes,
> Id á ceñir las calzas en Melilla,
> Por profanar el habla de Cervantes»;

aplicábase Fernando de Gabriel á reconstituir esta Real Academia; Asensio y Toledo comentaba á maravilla el *Quijote* y le andaba á los alcances al famoso libro de Pacheco; publicaba, en Cádiz, Narciso Campillo sus *Nuevas poesías*, compartiendo los aplausos públicos con Arístides Pongilioni; Jiménez Placer urdía los planes de sus comedias; Rodríguez Zapata pulía odas y sonetos limpios de toda mancha; José de Velilla daba los primeros pasos por la escena con sus dramas *Don Jaime el Desdichado* y *El Valle de lágrimas*, y su hermana Mercedes, la «niña prodigio», como la llamó Adelardo López de Ayala, balbucía sus primeros versos, candorosos como alma de virgen; Cano y Cueto, de fantasía poderosa, no daba paz á la mano borrajeando cuentos y novelas; Sánchez Moguel, al par que preparaba la *Historia de Nuestra Señora de la Antigua*, facilitaba datos á D. Aureliano Fernán-

dez-Guerra para que éste demostrase luego la verdadera paternidad de la *Canción á las Ruínas de Itálica;* y en un rinconcillo del Patio de las Banderas del famoso Alcázar sevillano, lejos del mundanal ruído, cultivando el trato de personas de vida ejemplar, encerrada en su casa, y más aún en su modestia, Fernán Caballero escribía las páginas de la historia interna del pueblo andaluz: de este pueblo generoso, creyente, sufrido como pocos y caldeado en el yunque del trabajo. En el periodismo lucían sus singulares dotes nuestro querido y llorado compañero D. Joaquín Guichot, muy dado á los estudios históricos; don Francisco María Tubino, apasionado de las Artes y cultivador de la Arqueología; Velázquez y Sánchez, autor de dramas, comedias, sainetes, novelas, cuentos, sales epigramáticas, etc., etc., y D. Manuel Gómez Zarzuela, hombre de claro entendimiento y de palabra abundante y persuasiva.

Fué por aquellos días cuando un libro de versos, obra primera del Académico en honra del cual aquí nos reunimos, me llevó como de la mano á comunicarme con el adolescente que muy luego había de ser mi amigo entrañable y mi maestro muy respetado.

Amistad nacida en los años de la mocedad, contrastada después por los sinsabores y las pe-

nalidades que la vida depara á los forzados al trabajo sin reposo, salva el tiempo, sin mengua ni tibieza, y arriba á la edad presente. Quizá por esto, señores Académicos, me encomendasteis la tarea con que ahora solicito vuestra atención. Quisisteis que el sentimiento hablase por mis labios, ya que no podíais pedirme ni crítica depurada, ni erudición copiosa, ni los fuegos y las galas de la oratoria que, ó fascina, ó persuade.

Y ¿qué he de deciros que no sea repetir lo que todos vosotros sabéis, lo que sabe también el ilustre senado que me escucha, lo que maestros de la crítica estamparon en las páginas de muchos libros, lo que la prensa periódica divulga? Treinta años de labor castiza, sesuda, española neta, han abierto de par en par las puertas de nuestro primer Instituto literario al señor don Francisco Rodríguez Marín.

La vida literaria de nuestro ilustre compañero comienza con un libro de poesías. ¿Qué se pudo pedir entonces al niño que exploraba el campo de las letras sino amor al estudio y docilidad para recibir las lecciones de los maestros? El Sr. Rodríguez Marín bebió en las fuentes claras de nuestra literatura, manejó los clásicos, y con dotes del cielo y con el estudio, mozo aún, sobresalió entre los escritores que á la sazón descollaban en esta ciudad de Sevilla.

No se aventuró á emprender solo el camino. Pidió consejo á dos insignes críticos, á dos maestros del bien decir, y sus lecciones lo llevaron por vías rectas. La juventud, que lo fía todo á sus propios esfuerzos, no siempre busca la mano que la guíe. «Hay en las poesías de V.—decíale Fernández-Espino—una excelente cualidad, que es la que distingue al verdadero poeta: el sentimiento y la inspiración. Estudie constantemente los clásicos y los modelos y no se engría por las buenas disposiciones que ha recibido de la naturaleza; que el ingenio sin cultivo no es bastante.» En términos análogos le alentaba y corregía don Juan Eugenio Hartzenbusch; y sólo después de someterlas á la censura de los maestros citados, y de pasarlas por el tamiz de su exquisito gusto, dió á la estampa sus primeras composiciones, que lo anunciaron, no ya como poeta de gran sentido moral, sino también como hablista de excepcionales dotes.

Al estudio del saber popular se aplicó luego, y fruto de observación y de crítica fueron sus libros *Cantos populares españoles*, *Quinientas comparaciones populares*, *Cien refranes andaluces* y *Juan del Pueblo.*

¿Os hablaré, señores Académicos—decía yo en otra ocasión solemne—del libro *Cantos populares españoles*, con el cual rebasó nuestro cole-

ga los límites fijados por Cecilia Böhl de Faber y Lafuente Alcántara? Con él descubrió nuevos horizontes y todo un mundo de poesía propiamente española, sin influencias italianas, francesas ó alemanas; poesía nativa, pura, candorosa las más veces, y á las veces picaresca y maleante; oliendo al tomillo y al romero de los montes, á la sal de nuestros mares y á las algas de sus orillas; poesía que expresa por singular modo desdenes, requiebros, ternezas y quejas—todo el cielo del amor—; ardores y entusiasmos patrios, primores y lindezas de la tierra en que nacimos, portentos de la imagen milagrosa, lágrimas del cautivo, ayes del triste, suspiros del melancólico, carcajadas del regocijado, vaivenes de la cuna y oscilaciones del columpio.

Ese libro, santuario del alma española, fué elogiado por escritores tan eximios como el conde de Puimaigre, Rolland, Schuchardt, Köhler, Liebrecht, Pitré, Salomone Marino, Consiglieri Pedroso, Leite de Vasconcellos y Emilio Teza. De él dijo el autor de la *Biblioteca de las tradiciones populares sicilianas*, dirigiéndose al Sr. Rodríguez Marín: «*Il suo Canzoniere popolare sarà splendido monumento che farà onore á Lei ed alla sua patria;* y el sabio D. Manuel Milá y Fontanals lo elogió por su diligencia en reunir los materiales de la obra, por el buen orden con que los

dispuso, por sus observaciones fonéticas y sintácticas, por las noticias de costumbres y tradiciones que divulgó, y por los numerosísimos paralelos que hizo con la poesía lírica popular de Italia y de las diferentes lenguas románicas de España. Y ¿quién de vosotros no ha leído la relación amorosa titulada *Juan del Pueblo?* Un periódico de Leipzig la llamó «perla literaria.»

Nadie, lo digo sin rebozo, se aplicó con tanto empeño al estudio de la literatura popular como nuestro ilustre compañero, ni nadie sacó tanto fruto de esa tarea. Nada ha escapado á su observación de naturalista. La comparación, el modismo, la copla, el refrán, el cuento y la adivinanza dejaron en las páginas de sus libros las mieles del espíritu patrio. ¿Quién ha podido, por tanto, emprender con mejor preparación y recorriendo tierras más firmes, el estudio de nuestras obras clásicas, influídas todas por el castizo saber popular? Y ¿qué mucho que el señor Rodríguez Marín sea reputado por uno de nuestros primeros hablistas? Quien, como él, viene con tanto empeño un año y otro, labrando en tierras de la literatura nacional, forzosamente ha de atender con pulcritud al estudio de la lengua patria.

Lo dije á otro propósito, y no será impertinente repetirlo ahora. Importante es el estudio de los idiomas extranjeros, tanto más para los

españoles de hoy, cuanto que, por desdicha, tenemos que estudiar en libros escritos en extrañas lenguas; importantísimo, porque saber muchos idiomas es hablar con muchas gentes y salvar las barreras de la ignorancia, que aíslan á los hombres y á los pueblos. Pero no lo es menos el de la hermosa lengua española, lengua que empezó á ser idioma vulgar ó romance hacia el siglo décimo, tomó índole y forma de dialecto culto en el reinado de D. Alfonso el Sabio, adquirió cierta grandiosidad bajo los reyes don Juan el segundo y D. Fernando el Católico, brilló con pompa y majestad en el reinado de Carlos I, y se enriqueció, pulió y añadió á la abundancia mayor suavidad y harmonía en tiempo del segundo de los Felipes (1); lengua de la cual el docto Capmany dijo que cuanto más se estudia, más da que estudiar; y cuanto más se profundiza, más tesoros descubre; pura como el oro y sonora como la plata (2); tan fácil para tomar de las extranjeras palabras y dicciones, que ya Mateo Alemán, en su curioso y rarísimo libro, impreso en México en 1609, *Ortografía castellana*, la comparó con el mayo de Portugal, «que lo cargaron de joyas y se alzó con todas»; lengua

---

(1) Garcés, *Fundamento del vigor y elegancia de la Lengua castellana.*

(2) Valdés, *Diálogo de las Lenguas.*

cuyo empleo, según Valdés, se tuvo en Italia por gentileza y gallardía cuando la Ciudad Eterna era emporio de las artes; tan rica, que pocas la igualan en caudal propio de voces, valentía de las imágenes, gala de las expresiones y pompa de las cadencias; lengua, en fin, que es como tierra vastísima en la cual, á poco que se escarba, se encuentran fósiles de civilizaciones, no menos apreciables que aquellos que los naturalistas estudian para llegar al conocimiento de especies, géneros y familias que se perdieron en el polvo de los siglos.

Contados son los escritores que, como el Sr. Rodríguez Marín, vuelven por los fueros del idioma. Tiene en mucho aquella sentencia del Rey Sabio: «Ca bien assi como el cántaro quebrado se conosce por su sueno, otrosí el seso del ome es conoscido por la palabra (1).» Puede decirse que en sus obras «no hay vocablo que no sea de solar conocido en estos reinos», como se ha escrito de uno de los libros de Fr. Luís de Granada, y que al Sr. Rodríguez Marín tiene justa aplicación aquel otro dicho de *La Perfecta casada:* «El hablar nasce del entender y las palabras no son sino como imágenes de lo que el ánimo concibe en sí mismo.»

(1) Ley V, título IV, Partida II.

Decía yo que nadie como el Sr. Rodríguez Marín ha podido emprender con mejor preparación y pisando en terreno más firme el estudio de nuestras obras clásicas. ¿Verdad, Señores, que mi aserto no es temerario? ¿Verdad que el afecto amistoso no me ciega? Lo proclama la crítica, lo atestiguan sus libros *El Loaysa de «El Celoso extremeño»*, *Luís Barahona de Soto*, *Pedro Espinosa*, y esa joya de la literatura moderna, orgullo de la ciudad á que está dedicada: los comentos á la inmortal novela de Cervantes *Rinconete y Cortadillo*. Obras de erudición á la moderna, hermanas son de esas otras con que la ciencia literaria del maestro de los maestros, el eminente D. Marcelino Menéndez y Pelayo, asombra, no ya á los pocos que en nuestro suelo gustan de estos estudios, sino á cuantos, allende los Pirineos, paran mientes en el pensamiento español.

No pormenores mínimos, no fechas y nombres que á nadie interesan ni nada aportan al acervo de nuestra literatura, no declamaciones hueras, no repeticiones enojosas de juicios estereotipados en nuestros manuales de literatura..: más, mucho más encontraréis en esos libros, cuyo génesis no está sólo en los viejos archivos y en los papeles viejos, y cuyas entrañas son como las de la sociedad española en los siglos de su mayor alteza.

Importa repetirlo: el Sr. Rodríguez Marín es un erudito á la moderna. «Antes—escribe un ilustre crítico (1)—al indicio, la suposición y la conjetura se concedía inmerecido valor; hoy no se acepta como base de estudio sino lo probado: cada personalidad literaria y cada obra se presentaban, por lo general, aisladas, como si autor y libro pudieran ser algo desligado y suelto de su época; ahora es forzoso relacionarlos con lo que les precedió ó fué contemporáneo suyo: sólo así se toma por bien fundado el examen de sus cualidades y sólo de esta suerte se aprecia hasta qué punto los escritores fueron intérpretes ó espejo de su tiempo, si influyeron en él, ó se limitaron á retratarlo. En este procedimiento se hermanan, auxiliándose, la investigación y el juicio, la observación y el comento, el dato y la deducción; merced á él se pasa con poco esfuerzo de la ignorancia á la certidumbre; de ésta á la plena posesión de lo positivo; y la minuciosidad del análisis prepara cuando conviene la claridad de la síntesis: tan pronto se busca en el espíritu de un individuo inquiriendo el origen de su sentir por el carácter de lo que le rodea, como se escudriña el alma de un pueblo por los hechos que realiza; el doble amor á la verdad y á la belleza

(1) El Sr. D. Jacinto O. Picón.

se traduce en ansia de averiguar mucho para explicarlo todo; y, formando el juicio sobre el mayor número posible de antecedentes, se hace al lector pródiga y sincera ofrenda de cuanto la diligencia y el estudio, la razón y la sensibilidad han alcanzado para saber y explicar cuándo y por quiénes, bajo qué imperio y en qué atmósfera intelectual, se escribieron los libros que forman el tesoro literario de una raza.»

Así están escritos los del Sr. Rodríguez Marín. Pasma, maravilla, no tanto el copioso caudal de conocimientos atesorados, cuanto la poderosa intuición con que muestra tiempos y lugares, hombres y acaecimientos; que nadie diría sino que el Sr. Rodríguez Marín vivió y departió con esos hombres, estuvo en esos lugares como en su propia casa y fué testigo de los sucesos que refiere. Más aún: su espíritu sutil penetra en el corazón y en el pensamiento de los héroes de sus libros y, con mirada escrutadora, ve y aprecia todos y cada uno de los registros que mueven su voluntad y su inteligencia.

¿Queréis conocer la Sevilla de las postrimerías del siglo XVI? Los historiadores, los cronistas y los analistas no os darán sino nombres y fechas y, cuando más, una relación breve, no siempre exacta, de los sucesos públicos. En los archivos sólo encontraréis el testimonio de algu-

nos actos individuales. Tendréis, á lo sumo, las piedras: para que admiréis el alcázar no falta más que edificarlo. ¿Trátase de estudiar el *Rinconete y Cortadillo?* La crítica no había pasado hasta hoy de la corteza. Rodríguez Marín ahonda, profundiza, y, poco á poco, con labor inteligente y perseverante, va poniendo piedra sobre piedra, no al acaso, sino con la exactitud matemática que el trazado requiere. Y ved, ved todo el contenido de la novela ejemplar; ved la Sevilla de los comienzos de la decadencia española. La vida política, económica, científica y literaria de la Atenas hispalense surge, como á la voz de mágico conjuro, por la maravillosa tarea de la pluma del crítico. «El *Rinconete y Cortadillo*—dijo, no hay muchos días, Fernández Bremón—es una alhaja por su naturalismo gracioso y pintoresco, que conserva después de tres siglos toda su frescura, y ha tenido el comentador que merecía.» ¡El comentador que merecía el *Rinconete y Cortadillo!* No cabe mayor ni más merecido elogio.

No inferior en mérito es otro libro del señor Rodríguez Marín, como aquél, premiado por la Real Academia Española: *Luís Barahona de Soto.* De la vida literaria de Andalucía en el siglo XVI sólo conocíamos elementos individuales. La crítica no había pasado de los pormenores, estudiando aisladamente los más peregrinos inge-

nios, sin extender ese estudio al conjunto. Aparte el patentizar los méritos de Barahona, inmortalizado por Cervantes más que por sus versos, méritos ignorados por unos y negados por otros, aparte también la tarea de inquirir obras suyas desconocidas, el Sr. Rodríguez Marín logra con notable acierto esclarecer y mostrar una gran época literaria, apenas esbozada por otro escritor ilustre, el Sr. D. Luís Fernández-Guerra, en su precioso libro *Don Juan Ruiz de Alarcón*.

Barahona vivió en Antequera, en Granada, en Osuna, en Sevilla y en Madrid, centros donde la cultura era muy apreciable; y el Sr. Rodríguez Marín, analizando y estudiando las manifestaciones de esa cultura, ha reconstituído todo un glorioso período de la historia de la literatura en Andalucía.

Como continuación del trabajo emprendido con el *Barahona de Soto* puede considerarse otro libro del propio autor, también premiado por la citada Academia: *Pedro Espinosa*; el cual tiene sobre aquél dos ventajas que le da el tiempo á que se refiere: el estudio de todos los poetas, desconocidos los más hasta hoy, que figuran en la antología *Flores de Poetas ilustres*, publicada en 1605, y el examen del doble fenómeno del conceptismo y el culteranismo, que precisamente se desarrollan y toman su mayor incremento en este

período. Considérese que el antequerano Pedro Espinosa estudia las Humanidades en su ciudad natal, prosigue sus estudios en Granada, traba relaciones de amistad con los poetas de Sevilla y Córdoba, hácese ermitaño cerca de Antequera, escribe poesías místicas y va á Sanlúcar con el octavo duque de Medina Sidonia, á quien sirve de capellán y cronista; considérese que el Sr. Rodríguez Marín no sólo estudia al poeta en sus obras, sino también y muy principalmente el medio en que éste vive, los elementos todos de la compleja sociedad en que se desenvuelve, y se concluirá afirmando que el libro de nuestro querido compañero es un gran trozo de la historia de la región andaluza en la primera mitad del siglo XVII.

¿Trataré del Sr. Rodríguez Marín como cervantista?... ¿Quién no le asigna uno de los puestos principales, si no el primero, entre los literatos que estudian al gran novelador y sus obras imperecederas? Hablen por mí los comentarios al *Rinconete y Cortadillo* y el *Loaysa de «El Celoso extremeño»*. Y no es sólo porque con labor benedictina revuelva archivos y recorra lugares, en busca de datos con que completar la biografía del Príncipe de nuestros ingenios, lo cual ya es mucho, sabiendo que la pereza es la primera causa de nuestra ignorancia, sino porque para ese es-

3

tudio se ha colocado en el terreno más firme. No hay más que una clave para llegar al conocimiento total del escritor: procurar en todo lo posible vivir su vida, seguir sus pasos y meditar sobre sus obras, puesto en los mismos puntos de vista en que el autor se puso. Cree el Sr. Rodríguez Marín, y está en lo cierto, que todavía se conoce muy poco de la vida de Miguel de Cervantes, vida de la cual hay reflejos en todas sus admirables creaciones. Esclarecer esa vida, por el estudio de las obras de que España se enorgullece, es el propósito que persigue nuestro doctísimo compañero.

Sólo me resta deciros algo del Sr. Rodríguez Marín como poeta. ¡Poeta, sí; y poeta inspiradísimo! ¿No habéis saboreado sus libros *Ciento y un sonetos* y *Madrigales?* Hablando del primero, dijo el Sr. Menéndez y Pelayo: «El arte del poeta es igual en todos, y la lengua me parece digna del siglo XVI. Cualquiera de los mejores ingenios que colaboraron en las *Flores de Poetas ilustres* se holgaría hoy, si viviera, en poner su nombre al pie de tan gentiles inspiraciones. Hace mucho tiempo que no he leído sonetos castellanos que me satisfagan tanto, ni que recuerden en tanto grado los del buen tiempo.» No inventó Apolo el soneto—dije yo—para desesperación del Sr. Rodríguez Marín, sino para

que éste diera ejemplo á la turbamulta de copleros que por dondequiera pulula; para que luciese las lindezas de su ingenio y enseñase que el poeta español expresa fielmente su pensamiento sin valerse de voces exóticas, porque las tiene á miles y más propias en su misma casa, y para que demostrase que no hay concepto, por sutil que sea, que no pueda ser expresado á las claras sin acudir á la aparatosa máquina de las ridiculeces. Los *Ciento y un sonetos* del Sr. Rodríguez Marín tienen el mérito extraordinario de ser un monumento erigido á la lengua castellana en las postrimerías del siglo que, al decir del ingenioso Selgas, hablaba el disparatado lenguaje del telégrafo. *Ciento y un sonetos* son esa misma lengua castellana con todas sus riquísimas joyas, y enseñanza saludable en los días en que recordamos las palabras del autor de la *Filosofía de la Elocuencia:* «La mitad del idioma castellano está enterrado, pues los vocablos más puros, hermosos y eficaces há muchos años que ya no salen á la luz pública.»

¡Los *Madrigales* del Sr. Rodríguez Marín! ¡Envidiáralos el mismo Gutierre de Cetina! ¡Trascienden al tomillo y al romero de los campos y destilan mieles tan dulces como las que labran «las discretas y solícitas abejas en los huecos de los árboles y en las quiebras de las peñas!»

No hicieron mella en nuestro querido compañero las carcajadas conque el vulgo acoge toda labor de poeta. Gusta muy mucho de la santa y hermosa poesía, que es como compensación de las grandes amarguras de la vida, y fuerza que nos levanta del suelo y nos lleva por los mundos inconmensurables del espíritu. Libre de influencias exóticas, el Sr. Rodríguez Marín sigue al pie de la letra el consejo del vate alemán: «Poeta, ocúpate en tu país; en él están las cadenas de tu amor, y él es el mundo de tus pensamientos.»

Y ahora, para borrar el mal sabor de mi prosa rastrera, voy á leeros una composición tomada al acaso entre las muchas con que nos ha regalado la musa del Sr. Rodríguez Marín.

No es una poesía de tesis, como dicen. Ni aturde con el rimbombe de la frase, ni sume en profundas cavilaciones á quien pretende desentrañar su sentido. El poeta describe escenas hermosas de la vida del corazón de la mujer, pintando un delicioso cuadro del hogar. Titúlase *La Madrecita.* ¿No es cierto que en el corazón de la niña laten en germen los afectos maternales? Las niñas juegan á ser mujeres, á ser amas de sus casas, á ser madres, á desvelarse por sus hijos, muñecos de palo á quienes aderezan con primoroso esmero. Los juegos de las niñas son

los simulacros del calvario de la mujer; son lo porvenir, presentido y vivido en lo presente. ¡Qué tesoro de poesía! ¡Qué inmenso raudal de cariño! ¡Qué admirable sencillez! ¡Cómo ha sabido expresar los amorosos efluvios del alma de la mujer encerrada en el cuerpecito de una niña!

LA MADRECITA

Y ¿para eso la madre, gran cocinera,
Descolgó los mil trastos de la espetera?...
La limpia y diminuta sartén de plomo,
Que fríe sin aceite, sin saber cómo;
El primoroso anafe, casi invisible,
Con un carbón pintado, no combustible;
Platos, tazas, lujosa mantelería,
Vajilla que en la mano caber podría,
Todo, todo fué inútil: ¡está probado!
¡No hay medio de que el niño tome bocado!

La pobre madrecita, triste y llorosa,
Contempla aquella cara como una rosa,
¡Porque ella, al fin, es madre; y, en su cariño,
Tiembla al pensar que puede morir su niño!
Entreabierto el ligero justillo breve,
Descubre el pecho, blanco como la nieve...
¡Mamar no quiere el niño! Desesperada,
Le interroga y le ruega con la mirada.
Tanto y tanto le adora, que, si pudiera,
Mil vidas le daría, si mil tuviera.
Acostarle es preciso: por de contado,

El infante de cera se ha constipado.
¡Muchó abrigo en la cama! ¡Para esos males,
Abrigo, caramelos, flores cordiales!
¡Oh sublime enseñanza! ¡Ciencia divina!
¡Las madres son doctoras en Medicina!

Pues ya tomó el enfermo caliente horchata
En un jarro tan limpio como una plata,
¡Á dormir, y mañana será otro día!
¡Que el niño sude y duerma, Virgen María!
Solícita la madre, con sólo un dedo
Meciendo está la cuna, quedo, muy quedo;
Y, como aquel que canta su mal espanta,
Para espantar los males, meciendo canta:
—*Duérmete, lucerito, que viene el coco*
Y se lleva á los niños que duermen poco.—
Y ¡con cuánta dulzura canta la *nana*
Aquel otro lucero de la mañana!
Por entre densas nubes, la blanca luna
Contempla aquella madre y aquella cuna;
Las tiernas florecillas de las macetas
El maternal cuidado miran inquietas:
¡De la madre en los ojos resplandecía
Un pöema de extraña melancolía!

Durmióse al fin. ¡Oh vientos, no hagáis ruído!
¿No sabéis que está malo, que está dormido?
—*Á la nana, nanita, nanita, ea,*
El sueñecito, niño, de San Juan sea.—
Esto canta la madre; con embeleso,
Deposita en su frente callado beso,
Y otro, y otro enseguida: ¡las madres buenas
No saben dar los besos sino á docenas!
Besos inconcebibles, que, en dulce calma,
Da, asomada á los labios, la virgen alma;

Besos de allá del Cielo: ¡besos extraños
Que sólo dan las madres de cinco años!

. . . .

Algo calmada siente su pena intensa;
Y quedo, muy quedito, poquito á poco,
Abandona la estancia y escuchar piensa:
—*¡Duérmete, madrecita, que viene el coco!*

Nada más, señores académicos, aunque queda por decir más, mucho más en honra del señor Rodríguez Marín, á quien hoy festeja la Real Academia Sevillana de Buenas Letras.

Perdone esta docta Corporación la pobreza de mi palabra; perdone el ilustre concurso que con su atención benévola me favorece que no haya logrado aquilatar uno siquiera de los méritos que el festejado atesora; perdóneme el Sr. Rodríguez Marín, mi amigo entrañable y mi maestro muy respetado, porque puse mis manos pecadoras en esos primores de las Letras, en esos libros fruto de su talento y de su constante estudio: libros que, en justicia, le llevan á la Real Academia Española.

Vaya en buen hora al primer centro literario de la nación nuestro ilustre colega y aporte al caudal de conocimientos que allí se guardan, para divulgarlos en las páginas del léxico, los que ha logrado por el estudio de nuestra literatura; lleve el alma de nuestro pueblo, vertida en

voces, giros y modismos, á las páginas del libro que ha de ser, más que inventario de vocablos, *sancta sanctorum* del espíritu nacional. Lleve también su amor á todo cuanto puede sacar de su abatimiento á esta patria, que pone su esperanza en los hombres que se aplican con entusiasmo á engrandecerla.